

Pueblo, masas, escritores y estado en el período de constitución del campo literario argentino (1880–1920). La historia literaria desde la perspectiva de un materialismo cultural latinoamericano

✂️ **DIEGO J. CHEIN** / Universidad Nacional de Tucumán – CONICET
diegojche@gmail.com

Resumen

La perspectiva dominante sobre la historia de la literatura argentina tiende a reducir el nacionalismo criollista de fines del siglo XIX y comienzos del XX a una de sus múltiples facetas: la reacción de la oligarquía argentina contra las luchas obreras introducidas por la inmigración. Esta reducción oscurece las complejas relaciones entre escritores, estado y sectores populares en este período. Diferentes estudios abren camino hacia una perspectiva alternativa. Este artículo pretende realizar un aporte más para articular esta nueva posición.

La argumentación se desarrolla en dos planos: a) una discusión de historia literaria: la apertura hacia la complejidad y ambivalencia de las relaciones entre el nacionalismo *criollista* y la literatura en las décadas de constitución del campo intelectual nacional en la capital federal (1880–1920); b) una discusión teórica: la necesidad de renovar nuestra mirada sobre lo popular–masivo para poder aprehenderlo como proceso de articulación radicalmente político e histórico; es en la cultura como proceso social donde esta articulación se realiza.

Palabras clave: nativismo • literatura argentina • cultura popular • materialismo cultural

Abstract

The dominant perspective about the history of Argentina literature tends to reduce the *criollista* nationalism of the late nineteenth and early twentieth century to one of its many facets: the reaction of the Argentinian oligarchy against workers struggles introduced by immigration. This reduction hides the complex relationships between writers, state and popular sectors in this period. Different studies open the way to an alternative perspective. This article aims to make a further contribution to articulate this new position.

The argument is developed in two levels: a) a discussion of literary history: the opening to the complexity and ambivalence of the relationship between the *criollista* nationalism and literature in the decades of emergence a national intellectual field in the federal capital (1880–1920); b) a theoretical discussion: the need to renew our look about people–masses to apprehend this like a process of radically political and historical articulation; this joint is performed in culture plane.

Key words: Nativism • Argentina Literature • Popular Culture • Cultural Materialism

La perspectiva actualmente dominante sobre la historia de la literatura argentina, desarrollada durante las décadas de 1980 y 1990, es revisitada por diferentes estudios en una dirección que considero concurrente. Se encaminan hacia la construcción de una visión alternativa aún no sistematizada, pero que sin dudas propone otras relaciones y revitaliza nuevos precursores. Este artículo no pretende hacer más que un aporte a la formulación de una visión más compleja de la historia literaria nacional y de un nuevo horizonte teórico como sustento. La discusión se plantea en dos planos: a) la apertura hacia la complejidad y ambivalencia de las relaciones entre el nacionalismo criollista y la literatura en las décadas de constitución del campo intelectual nacional en la capital federal (1880-1920); b) la necesidad de renovar nuestra mirada sobre lo popular-masivo para poder aprehenderlo como proceso de articulación radicalmente político e histórico; es en la cultura como proceso social donde esta articulación se realiza. El primero, en tanto revela las coordenadas con las que simultáneamente se constituye en esos años el intelectual nacional moderno y el ideal de una democracia «ilustrada» (Terán), contribuye a iluminar los límites teóricos e ideológicos de nuestra perspectiva actual sobre éste y otros períodos de la historia literaria nacional. Las articulaciones de la literatura con la cultura de masas, con las identidades nacionales y regionales, en definitiva, con la política, resultan simplificadas. En el caso específico de la literatura criollista de las últimas décadas del siglo XIX y de las primeras del XX, el discurso de la identidad nacional tiende a ser reducido a una de sus múltiples facetas: una ideología oligárquica que reacciona contra las luchas obreras introducidas por los inmigrantes. La centralidad otorgada a los modernistas y los «positivistas» de nuestra literatura finisecular difumina la presencia del nativismo, de su modo específico de transitar la profesionalización y la autonomización (Dalmaroni, Chein 2007), y, más aún, subestima la poderosa gravitación de las literaturas criollistas de masas. El reduccionismo que opera sobre las formas diversas del nacionalismo criollista responde asimismo al soslayo de las diferencias, las disputas y las facciones que en el campo de la hegemonía roquista vehiculizan el proceso de modernización. Estos desapercibidos enfrentamientos entre facciones de la oligarquía determinan modos contrapuestos de relación con la cultura y la demanda de las emergentes masas urbanas. El estado nacional se abre a la participación de las oligarquías de provincia (Espósito, Chein 2007) y allí se dirimen nuevos enfrentamientos en torno a la definición de lo nacional que retoman y resignifican la antigua causa federal.

Sólo una pincelada para comenzar a identificar lo que señalé como una inquietud y un movimiento en una dirección concurrente. Analía Gerbaudo, de la Universidad Nacional del Litoral, investiga la formación del campo de la teoría literaria en la Argentina de la posdictadura, desde una mirada que pretende no sólo visibilizar las diferencias, especialmente entre instituciones académicas de la capital y del interior, y las fronteras (las prácticas de enseñanza de la lectura literaria) en su seno, sino situarlas como elementos constitutivos de una dinámica hecha también de historias diversas; pretende una mirada a la vez sensible a las

desigualdades (e implacable con sus naturalizaciones más ostensibles) y, al mismo tiempo, intransigente en la decisión de no renunciar, por ello, al juicio de valor imprescindible para mejorar las prácticas. En una de las publicaciones en las que argumenta los resultados de esta indagación, luego de compartir la trayectoria personal que a la vez le permitió y le exigió tener una mirada social y espacial nueva sobre la circulación y formulación de la teoría literaria en nuestro país, expresa: «Pero en verdad lo que interesa del derrotero es que, por más que se arme en primera persona, da cuenta de los aconteceres de muchos. Convertir la falta en problema de investigación fue el desafío» (1).

El espacio de creatividad, de invención de la cultura, que se abre entre la experiencia subjetiva y la comunicación social es exactamente el nudo del concepto de *estructuras de sentimientos* (Williams 1973, 1980, 2003). Por mi parte, la intersección entre la formulación de identidades provincianas y la configuración histórica de diversos campos disciplinarios nacionales (en especial, los campos de la folklorología y de la literatura) ha sido desde un comienzo el eje de mis investigaciones en la Universidad Nacional de Tucumán. Hago mía la citada frase de Gerbaudo; lo que aquí presento se trata pues de una intuición personal (íntimamente vinculada con una trayectoria de lecturas heterogéneas, fragmentadas, bifurcadas) que al mismo tiempo se pretende compartida.

Propongo partir de una pista marginal pero reveladora para repensar la cultura popular rioplatense de entre siglos. Se trata de la tesis que Horacio Legrás (2003) propone sobre el lugar del «Cocoliche» en la configuración¹ de la cultura popular-masiva criollista del período:

La figura de Cocoliche opera sin duda algo similar a lo que los maestros de retórica llamarían una ruptura estilística. Inserta en el medio de la tragedia de Juan Moreira, la comedia del inmigrante. Pero existe también una complementariedad de las dos figuras que una crítica demasiado fijada en las determinaciones y poca atenta a la lógica de la articulación ha sido incapaz de leer. Al igual que Moreira, Cocoliche es un habitante de dos mundos, oscilando entre un origen perdido y una actualidad todavía no obtenida. (...) Muchos comentaristas han sugerido, sin embargo, que Cocoliche ingresa al drama gauchesco desde una posición subalternizada y que la burla a la que se lo somete señala el rechazo de la comunidad criolla hacia los recién llegados. Otros autores, notablemente Ángel Rama, disienten con esta interpretación y ven en Cocoliche una función adaptativa del inmigrante en una cultura, por otra parte, que hacía de la risa un medio esencial de constitución de un nuevo bloque ciudadano. (29-30)

Tal vez nadie haya interpretado el proceso de la literatura rioplatense y latinoamericana con una visión tan atenta a lo popular como Ángel Rama. En efecto, las representaciones del Cocoliche, como elemento inescindible del moreirismo, se reproducen a lo largo y a lo ancho de la cultura popular rioplatense de la época. Legrás encuentra en el Cocoliche un elemento fundamental de la constitución del criollismo popular como enclave cultural de un bloque popular (Laclau). Lo popular es un proceso articulador radicalmente histórico y contextual y allí

reside su escándalo: «Es precisamente cierta indiferenciación entre inmigrantes y criollos lo que aturde la mirada liberal» (Legrás 2003:31). Y, agregaría, hasta hoy, continúa aturdiendo nuestra «mirada liberal» sobre la historia literaria y cultural argentina, o, al menos, aquel aspecto de la ética liberal que es una parte constitutiva de nuestra mirada como intelectuales.

Legrás percibe que la alianza política entre inmigrantes y sectores populares criollos (que luego se expresa en el apoyo masivo al radicalismo —Svampa—) se ha articulado antes en el plano de la cultura por medio del moreirismo, que incluye necesariamente al Cocoliche.

Lo que Legrás no advierte es la participación que en esa articulación tuvo un sector del estado roquista, el de los reformistas liberales (Zimmerman), el de los descendientes de las oligarquías de provincia, cuya negociación con la cultura popular-masiva rioplatense da lugar al programa y a la serie literaria nativista (Chein 2007, Romano, Dalmaroni). Los nativistas, que extendieron la frontera de intercambio con el moreirismo hasta el centenario (momento en el que se inicia la retracción), fijarán, sin embargo, en la configuración representacional del Cocoliche un límite insalvable de vulgaridad.² De todos modos, esa configuración asomará, de un modo oblicuo, alejándose de la clave paródica, en la mejor obra de la serie nativista (Chein 2007, 2012), la misma que la cancela cuando dispone en una escena bucólica sus contradictorias articulaciones: *Los gauchos judíos*.

La biblioteca de Lehmann Nistche atesora en Europa los testimonios indispensables para continuar explorando la configuración cultural del Cocoliche. Los mismos que ofreció a Adolfo Prieto para escribir una obra decisiva: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Pero el documento del que Legrás (y tantos otros antes que él) rescata de la misteriosa oralidad al Cocoliche (su irrupción inaugural en la escena del Juan Moreira con la frase: «Ma quíame Franchisque Cocoliche, e songo cregollo gasta la guese de la taba e la canilla de lo caracuse, amique, afficate la parata») contiene otras huellas recuperables. En las memorias en que José Podestá, el creador del circo criollo, resiente la falta de reconocimiento sobre su aporte como artista en la cultura nacional, se representa también otro momento fundacional anterior a la irrupción del personaje en el picadero: el de la creación del payaso «Pepino el 88» (el contendiente criollo del afamado *clown* Frank Brown).

A fines del 82 fuimos con la misma compañía a Rosario. Allí se inició la popularidad de Pepino el 88. Con las canciones de actualidad y chistes oportunos *conquisté la simpatía general del público*. Los estribillos de mis canciones se repetían en todas partes. Allí comencé a estudiar *el sentimiento del pueblo por las cosas de la tierra*. Las décimas recitadas con el estribillo «El Gaucho Argentino y el Gaucho Oriental», eran aclamadas y aplaudidas noche a noche con entusiasmo. (Podestá:47, cursivas nuestras)

—¿Se querrá saber por qué se llama «Pepino» y no Pepe?

Es breve la explicación:

Cuando comencé a trabajar de clown con mis hermanos Jerónimo, Juan, Antonio, Pablo y Alejandro Scotti, que después fue nuestro socio y cuñado, *hablábamos en italiano champurreado; esa circunstancia italianizó mi nombre Pepe*. (46, cursivas nuestras)

Otro antecedente: durante la escena de la fiesta campestre de *Juan Moreira*, Jerónimo Podestá improvisa exitosamente una humorada haciendo hablar en escena a Antonio Cocoliche, peón calabrés de la compañía. Y otro más: desde su reciente incorporación, el actor Celestino Petray trata infructuosamente de explotar en escena su «facilidad para imitar a los tanos acriollados» (66). Todo parece confirmar entre los jóvenes descendientes de inmigrantes en el Río de La Plata la circulación de formas representacionales humorísticas en torno a los complejos y conflictivos procesos de integración social y cultural. Por fin, Celestino Petray, «vestido estrafalariamente y montado en su *Rocinante*», da origen, con el pié de Jerónimo Podestá, al personaje del Cocoliche.

Podría argüirse que es la mirada retrospectiva del autobiografista la que se inventa una tradición. Sin embargo, las huellas aparecen más en los márgenes que en el centro del discurso de Podestá, por otra parte ansioso por demostrar su legítimo protagonismo en la gestación de un teatro nacional. Es útil recordar también la representación de la escena de génesis del proyecto para la pantomima *Juan Moreira*. Podestá presenta allí a un Eduardo Gutiérrez preocupado por el verismo actoral del protagonista y la autenticidad de la representación de lo criollo:

Gutiérrez después de un momento de meditación contestó:

—No, no puede ser. Para representar Moreira se necesitaría un hombre que fuera criollo, que supiera montar bien a caballo, que accionara, cantara, bailara y tocara la guitarra, y sobre todo que supiera manejar bien un facón; en fin, un «gaucho»; y en esta compañía de extranjeros [la de Don Carlo] no hay ninguno que posea esas cualidades tan necesarias para representar al héroe.

Cattaneo, competente hombre de teatro, no tardó en contestarle en el acto:

—Yo sé dónde está ese hombre; trabaja en el «Humberto Primo»; es el payaso «Pepino 88», José J. Podestá. (51)

El hijo de Genovés, que, igual que el futuro Cocoliche se pretende tan bueno en las prácticas criollas como el mejor de los gauchos, lleva a las tablas al ícono de la cultura criollista popular. En el principio del circo criollo y del moreirismo fue el Cocoliche.

El Cocoliche desarticula por anticipado la principal acusación xenófoba característica del nativismo tardío: la falta de voluntad de los inmigrantes para integrarse a la nueva nación. Lo dice Giusti cuando sostiene que es común que los italianos de segunda generación «expresen en un adulterado español su profesión de fe patriótica. ¡Los hijos de italianos!... ¡Pero si es muy común que no amen ni respeten —por desgracia— la patria de sus padres!» (152). En *Los gauchos judíos*, Gerchunoff despliega un emotivo alegato nativista en contra de ese prejuicio xenófobo, con una rearticulación de la representación del Cocoliche que se sustrae a la clave de comedia.³

Ni el criollismo popular-masivo ni el primer nativismo literario (el de fines del XIX) fueron xenófobos. Sin embargo, la lectura hoy dominante de la historia literaria nacional tiende a reducir las amplias tradiciones del criollismo y el nacionalismo a la visión xenófoba que se vuelve dominante en el emergente campo intelectual del centenario. Hay que decir también que el discurso de los nativistas alarmados por el movimiento obrero y la emergencia de la política de masas del irigoyenismo no sólo se vuelve abiertamente xenófobo, también se vuelve marcadamente clasista, y pierde su sesgo federal y regional en pro de un nuevo centralismo identitario pampeanizante (Chein 2007, 2010, 2011a, 2011b). La celebración de la democracia abre paso, asimismo, a la interpretación del «efecto perverso» (Svampa), al temor a las masas.

Aunque no vislumbra el rol de una facción del estado ni el elemento federal involucrado en esa formulación de lo nacional-popular (la alianza entre oligarquías de provincia y —a través de los intelectuales provincianos, reformistas liberales y nativistas literarios— las nuevas masas urbanas de Buenos Aires), Legrás captura el heterogéneo entramado que en esa emergencia articula la experiencia urbana masificada de los diversos sectores populares con las expansivas fuerzas del mercado cultural, con lo popular rural en trance de urbanización, etc. Retoma las sendas que había abierto Adolfo Prieto y que tan escasos desarrollos tuvo en los 90. Prieto sacó a la luz el criollismo popular urbano archivado por Lehmann Nistche, y trazó en la configuración cultural del criollismo las complejas y bidireccionales relaciones entre cultura de masas, cultura popular y literatura.⁴ Los materiales que consultó indican que el ferviente criollismo y moreirismo era en una enorme proporción practicado por jóvenes inmigrantes de segunda o tercera generación. En el origen del criollismo popular urbano rioplatense estuvieron también el Cocoliche y la causa federal.

La mirada sobre el nacionalismo criollista, e incluso sobre la tradición de la poesía gauchesca, como meros discursos ideológicos de la oligarquía se profundizó en los 90. La necesaria e indispensable crítica teórica del esencialismo nacionalista, y de todo esencialismo identitario, facilitó al mismo tiempo la pérdida de perspectiva histórica de conjunto y la instalación casi desapercibida de otros «grandes relatos» (Grimson). La circulación de las teorías «post» contribuyó a que el nacionalismo y toda forma de identidad colectiva tendieran a ser percibidas, en el amplio campo de las disciplinas sociales y humanas, como dispositivos de poder homogeneizantes y totalizantes. Sin dudas, el impulso aportó enormemente a la desarticulación de postulados metafísicos muy arraigados en nuestra reflexión sobre la cultura y la literatura. Pero la mirada también perdió amplitud y espesor.

Además, la visión de la precariedad de la autonomía del campo literario nacional, que diagnostica muy acertadamente las diferencias más significativas con el modelo del campo literario francés (Altamirano y Sarlo 1983, 1997), no acierta a encontrar una definición que supere la caracterización por la carencia. Es decir, no llega a dar con la especificidad de la dinámica sociohistórica de la autonomía y

la heteronomía del campo intelectual nacional, no captura su forma específica de autonomía relativa. Una forma que no puede hacerse visible sin superar una mirada teórica abstracta (o particularizada hasta la deshistorización —Grimson—) sobre la relación entre intelectuales, estado y sectores populares.

Para el período de entre siglos que nos ocupa, superar los límites de esta mirada implica fundamentalmente considerar las formas específicas de alianza de los escritores con el estado basada en la cual se cimentó históricamente una autonomía intelectual que el mercado argentino de la letra no garantizaba (Dalmaroni, Chein 2007 y 2011a). Alianza que, con las efectivas intervenciones de los nuevos «intelectuales pedagogos» (Poblete) como Joaquín V. González, alcanza su punto culminante en el momento en que el estado mismo pasa a ser objeto de disputa. Cuando la hegemonía del estado oligárquico se ve amenazada por la política de masas, los nativistas tienden a estrechar sus vínculos con la clase dominante, a renegar de la democracia, a retraer su negociación con la cultura popular criollista y descartar las reivindicaciones federales.

En definitiva, e incluso más allá del caso de la literatura nativista del entre siglos, lo que se torna indispensable de ser pensado es el modo en que las concepciones que nosotros mismos como intelectuales tenemos acerca la autonomía del trabajo intelectual, las que somos capaces de expresar y las que llevamos inscriptas en el cuerpo socializado, obturan la posibilidad de observar, por ejemplo, una configuración social y política específica en la que el Estado se constituye no en adversario sino en promotor y garante de la autonomía de los intelectuales nacionales (Dalmaroni, Chein 2011a).

En un plano diferente y en una escala de análisis más amplia, el libro *De los medios a las mediaciones* aparece también como un precursor imprescindible de los desarrollos de una perspectiva histórica y teórica en esta dirección que venimos señalando. En la línea de los estudios culturales sobre la massmediación en Latinoamérica, Jesús Martín-Barbero, luego de revelar una significativa vinculación entre el prejuicio sobre lo masivo y la constitución de los intelectuales como sujetos sociales e históricos en los procesos de urbanización y masificación, desentraña a partir del análisis de manifestaciones como las del radioteatro argentino, las del cine nacional mexicano, las de la nacionalización de la música negra brasileña, etc., los específicos modos de mediación de lo nacional y lo popular con los cuales la cultura de masas acompañó el proceso de formación de las mismas como sujetos políticos y la emergencia de los gobiernos populistas entre 1930 y 1960 en Latinoamérica. Martín-Barbero da cuenta de un modo de articulación entre lo popular-masivo y el estado invisible para un *habitus* intelectual no sólo incapaz de observar las continuidades históricas entre lo popular y lo masivo, sino también de comprender que el surgimiento de la cultura de masas y de las masas como sujetos políticos no son sino aspectos de un proceso indisoluble de emergencia social. Proceso que, por otra parte, no debe ser abstraído *a priori* de la diversidad de historias regionales y nacionales.

La pionera relectura del marxismo a la luz de la tradición de luchas nacionales del Perú de José Carlos Mariátegui, la enorme reconstrucción histórica de Ángel Rama sobre el letrado latinoamericano, las indagaciones de Adolfo Prieto sobre el criollismo literario rioplatense, la mirada de Jesús Martín-Barbero acerca de la relación entre massmediación y populismos en Latinoamérica, etc., con matices muy diversos desde luego, se inscriben todos en una dirección de pensamiento y de desarrollo teórico que propongo identificar operativamente como un *materalismo cultural latinoamericano*.

Utilizo los términos propuestos por Raymond Williams porque entiendo que en la raíz del programa de Birmingham se halla un poderoso esfuerzo por volver a pensar desde el marxismo lo popular-masivo como proceso articulador radicalmente histórico y situado.⁵ Edward Thompson no hizo sino mostrar que la conciencia obrera, que el marxismo había tendido a aceptar como abstracción necesaria, era el resultado de una articulación histórica en buena medida específica de la sociedad inglesa (Thompson 1984, 1989). Recuperando los pasos a través de los cuales las élites culturales modernas secuestraron el valor de la creatividad en un paradójico esfuerzo por resistir la racionalidad técnica del capitalismo, Raymond Williams llega a visualizar la cultura de masas como proceso articulador histórico con ramificaciones y diferencias nacionales muy marcadas (Williams 1992, 2011).

¿Por qué latinoamericano? De Simón Bolívar a Hugo Chávez, de José Martí al proyecto colectivo de Ana Pizarro, la apelación a la latinoamericanidad nunca dejó de ser una aspiración política necesaria. Pero una aspiración política que es constitutiva de verdaderas luchas históricas nacionales que forman parte indisoluble de nuestro objeto, de nuestras culturas y literaturas. Lo cierto es que la teoría, concebida desde el materialismo cultural, no puede dejar de ser histórica y situada. La recuperación plena del concepto de hegemonía como proceso histórico opera una restitución de la totalidad social como marco indispensable del sentido político de la cultura, sin hacer de la totalidad ni de la particularidad un fetiche, sino procesos articuladores específicos en diferentes escalas. No se trata de una totalidad ni sustancial ni estructuralmente homogénea, sino del modo específico de articulación de una heterogeneidad no reducida.⁶

Como lo entendía Antonio Cornejo Polar (1994, 1999), construir una tradición independiente de la crítica literaria latinoamericana en relación con nuestras propuestas, revisar y reformular agendas, es una condición fundamental para hacer al mismo tiempo explícito y productivo el locus del sujeto de la crítica. No se trata, desde luego, de desconocer las teorías generadas en los centros mundiales de la crítica. Todo lo contrario. Se trata de reconocer que el sentido del discurso teórico inevitablemente cambia al circular en nuestro campo (Gerbaudo, Chein 2006), pero sobre todo de intentar reapropiarnos del sentido del cambio.

Notas

¹ Introduzco el concepto de configuración cultural de Alejandro Grimson.

² Martiniano Leguizamón, líder de la segunda camada nativista, fundador de un teatro nativista ya depurado del barro moreirista con que se había venido forjando al otro lado del río, cuestionará duramente a su aliado Javier de Viana: «no transijo con las concesiones que ha hecho usted al deplorable gusto de ciertas escenas nacionales en boga, porque es sin duda exótica y desafinante esa intromisión del elemento extranjero para provocar hilaridad» (120).

³ Hay indicios, además, de que procesos articulatorios similares a los de la «cultura» cocoliche se producen en la cultura popular masiva de los judíos en Buenos Aires. «Se denominó valesko al “cocoliche” hablado por los judíos de Buenos Aires: es un “papiamento”, según la jerga lunfarda, que usaban los inmigrantes judíos al

poco tiempo de llegar a la Argentina; una mezcla de idish y castellano que producía textos como *¡Qui Moreira qu'istás, Abraham!*» (Feierstein:148).

⁴ Tal vez porque se concentra más en Rafael Obligado que en Joaquín V. González, Prieto no llega a dimensionar la importancia de la articulación con un sector del estado roquista (Dalmaroni y Chein 2007).

⁵ Los términos «estudios culturales», en cambio, han alcanzado una amplitud tan diversa que impiden pensar un paradigma o un programa común de investigación. En las últimas décadas, ha tendido a asociarse cada vez más con las teorías «post» cuya divulgación ha conducido en forma dominante hacia formas de neo-idealismo muy diferentes de lo que entendía Williams por «materialismo cultural».

⁶ La propuesta del concepto de configuración cultural de Alejandro Grimson moviliza la teoría en esta dirección.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, CARLOS y BEATRIZ SARLO (1983). *Literatura/sociedad*. Buenos Aires: Hachette.
- (1997). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- CHEIN, DIEGO J. (2006). «Proceso de constitución del campo nacional de la folklorología: posicionamientos, articulación social y resignificación de la teoría». *Silabario* 9, 109–128.
- (2007). *La invención literaria del folklore*. Tucumán: Edición del autor.
- (2010). «Escritores y Estado en el Centenario: apogeo y dispersión de la literatura nativista argentina». *Revista Chilena de Literatura* 77, 51–72.
- (2011a). «La cultura nacional como espacio emergente de articulación entre el estado y las letras en la Argentina del Centenario». *Kipus. Revista Andina de Letras* 30, 63–81.
- (2011b). «Argentinos de profesión. El debate nativista en torno a la poesía gauchesca». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 74, 25–48.
- (2012). «Nación y provincia: génesis del discurso de la identidad entrerriana en la literatura nativista argentina (1895–1915)». *A contracorriente* 2, 171 [en línea]. Consultado el 15 de noviembre de 2013 en <http://tools.chass.ncsu.edu/open_journal/index.php/contracorriente/article/view/171>
- CORNEJO POLAR, ANTONIO (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte.
- (1999). «Para una teoría literaria hispanoamericana: A veinte años de un debate decisivo». *Revista de crítica literaria latinoamericana* 50, 9–12.
- DALMARONI, MIGUEL (2006). *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- ESPÓSITO, FABIO (1998). «La tradición nacional: una continuidad en el pasado». *Tramas, para leer la literatura argentina* 9, 82–89.

- FEIERSTEIN, RICARDO (2006). *Historia de los judíos argentinos*. Buenos Aires: Galerna.
- GERBAUDO, ANALÍA (2012). «Fantasías de intervención: literatura argentina y teoría literaria en las aulas de la universidad pública de la posdictadura (1984–2003)». *Ensemble* 8, 1–25.
- GERCHUNOFF, ALBERTO (1964). *Los gauchos judíos*. Buenos Aires: Eudeba.
- GIUSTI, ROBERTO F. (1910). «Reseña sobre “La restauración nacionalista” de Ricardo Rojas». *Nosotros* 26, 139–154.
- GRIMSON, ALEJANDRO (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACLAU, ERNESTO (2009). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LEGUIZAMÓN, MARTINIANO (2005). *Páginas argentinas*. Buenos Aires: Simurg.
- LEGRÁS, HORACIO (2002). «La cultura popular argentina de cambio de siglo. Elementos para una nueva evaluación». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 55, 53–72.
- (2003). «Palimpsesto, cultura popular y modernidad política en el Juan Moreira teatral». *Latin American Theatre Review* 2, 21–39.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS (1979). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Era.
- MARTÍN-BARBERO, JESÚS (1991). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- PRIETO, ADOLFO (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- POBLETE, JUAN (2002). «Trayectoria crítica de Ángel Rama: la dialéctica de la producción cultural entre autores y públicos», en Daniel Mato, compilador. *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* [en línea]. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela, 235–246. Consultado el 10 de noviembre de 2013 en <<http://168.96.200.17/ar/libros/cultura/poblete.doc>>
- PODESTÁ, JOSÉ J. (2003). *Medio siglo de farándula. Memorias de José J. Podestá*. Buenos Aires: Galerna.
- RAMA, ÁNGEL (1982a). *Transculturación Narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- (1982b). *Los gauchopolíticos rioplatenses*. Buenos Aires: CEAL.
- (1984). *La Ciudad Letrada*. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte.
- (1985). *Las Máscaras democráticas del Modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- ROMANO, EDUARDO (1998). «Hacia un perfil de la poética nativista argentina». *Anales de Literatura Hispanoamericana* 27, 73–88.
- SVAMPA, MARISTELLA (2006). *El dilema argentino: civilización o barbarie*. Buenos Aires: Taurus.
- TERÁN, OSCAR (1993). «El fin de siglo argentino: democracia y nación». *Cuadernos Hispánicos* 517–519, 41–50.
- THOMPSON, EDWARD P. (1984). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Vol. I y II. Barcelona: Crítica.
- WILLIAMS, RAYMOND (1973). *Drama from Ibsen to Brecht*. Penguin: Harmondsworth.
- (1980). *Marxismo y literatura*. Península: España.
- (1992). *Historia de la Comunicación Social*. Vol. I y II. España: Bosch Comunicación.
- (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2011). *Televisión. Tecnología y forma cultural*. Buenos Aires: Paidós.
- ZIMMERMANN, EDUARDO (1996). *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890–1916*. Buenos Aires: Sudamericana/Universidad de San Andrés.